

había sido una de las causas principales del daño sobrevenido. Con fundamento mayor los autores sostienen que no hay medicina que no tenga alguna parte dañosa; y si aún aquellas mismas que nos benefician nos perjudican en algún modo, ¿qué no harán las que se nos aplican de todo en todo fuera de propósito? Por mi parte, y ya que no otra cosa, considero que para aquellos que detestan el sabor de las drogas debe constituir un esfuerzo peligroso y perjudicial el tragarlas á una hora tan incómoda y con tanta repugnancia; y creo que esto expone inminentemente al enfermo en los momentos en que tanto ha menester de reposo; de considerar además las ocasiones en que ordinariamente fundan las causas de nuestras dolencias, se ve que aquéllas son tan ligeras y delicadas que de ello puede argumentarse que un error baladí en la suministración de sus potingues puede acarrearlos un mal incalculable.

Ahora bien; si el error del médico es dañoso, nos irá rematadamente mal, pues es muy difícil que no caiga en él de nuevo frecuentemente. Tiene éste necesidad de desmontar demasiadas piezas, consideraciones y circunstancias para marcar justamente su designio; le precisa conocer la complexión del enfermo, su temperatura, sus humores é inclinaciones, sus actos, sus pensamientos mismos y fantasías; es necesario, además, que sepa darse cuenta de las circunstancias externas, de la naturaleza del lugar, condición del aire y del tiempo, posición de los planetas y su influencia; que conozca, en la enfermedad que tiene entre manos, las causas, signos, afecciones y días críticos; de la droga: el peso, la fuerza, el país de donde procede, la figura, el tiempo y la manera de suministrarla. Menester es que todos estos puntos sepa proporcionarlos y referirlos unos á otros, para de este modo engendrar una cabal simetría, la cual no alcanza, por escasa que sea la falta; si entre tantos resortes uno solo se desvía, basta y sobra para perdernos. Dios sabe de cuánta dificultad sea la penetración de casi todas estas partes, pues, por ejemplo, ¿cómo echará de ver la señal propia de la enfermedad, cada una de éstas siendo capaz de un número tan grande de signos? ¿Cuántos debates y dudas no sostienen y albergan los médicos en punto á la interpretación de la orina? ¿Si así no fuera, ¿cuál sería el origen de ese continuo altercado que vemos entre ellos sobre el conocimiento del mal? ¿Cómo excusaríamos ese error en que caen con tanta frecuencia, de confundir la marta con el zorro? En los males que yo he sufrido, por pequeña que haya sido su complicación, nunca encontré tres que estuvieran de acuerdo, y señalo más particularmente los ejemplos que me incumben. Ultimamente en París, un caballero sufrió la operación de la talla aconsejada por los médicos, al cual no se encontró piedra ninguna ni en la vejiga ni en la mano: en París también un

obispo, á quien yo tenía por grande amigo, fué solicitado por la mayor parte de los médicos, á quienes pidió consejo para que se prestase á la misma operación; yo también, por impulso ajeno, ayudé á ello con mis persuasiones, y cuando murió y le abrieron encontré que su mal residía en los riñones. Menos disculpables son al engañarse en esta enfermedad, por cuanto que es palpable hasta cierto punto. Por donde la cirugía me parece de certeza mucho mayor, en atención á que maneja y ve lo que ejecuta; hay en ella menos que conjeturar y menos que adivinar: en la medicina, los médicos carecen de *speculum matricis* que les descubra nuestro cerebro, nuestro pulmón y nuestro hígado.

Las promesas mismas de la medicina son increíbles, pues habiendo de proveer á accidentes diversos y contrarios, que frecuentemente nos acosan juntos y que guardan una relación casi necesaria, como el calor del hígado y la frialdad del estómago, los médicos tratan de persuadirnos de que con sus menjurges uno calentará el estómago, mientras el otro refrescará el hígado; uno tiene á su cargo ir derecho á los riñones, ó á la vejiga, sin extenderse por otra parte, y conservando su fuerza y su virtud en este largo camino lleno de sinuosidades hasta el lugar á cuyo servicio se destina, por su propiedad oculta; el otro secará el cerebro, este humedecerá el pulmón. De todo ese montón elaborados una mixtura y un brebaje, ¿no es una especie de ensueño el confiar que estas virtudes vayan dividiéndose y seleccionándose en medio de semejante confusión y mezcla para proveer á cargas tan diversas? Yo temería infinitamente que perdieran ó cambiaran sus direcciones, y que alborotaran el barrio. ¿Y por qué no imaginar en medio de tal confusión de elementos que las propiedades de éstos no se corrompan, confundan y alteren los unos á los otros? ¿Y qué decir si la ejecución de esta ordenanza depende de otro encargado, á cuya fe y merced abandonamos una vez más nuestra vida?

Así como tenemos coleteros y calzoneros para vestirnos, y somos tanto mejor servidos cuanto que cada cual se ocupa solamente de su oficio, y su ciencia es más restringida y limitada que la del sastre, el cual todas las prendas abraza; y como en materia de alimentos los grandes para comodidad mayor tienen despensas, y en unas ponen las verduras y los asados en otras, de los cuales un cocinero que se ocupara de todo no podría delicadamente salir del paso, así los egipcios en punto al arte de curar tuvieron razón al desechar el general oficio de médico y al cortar esta profesión: á cada enfermedad, á cada parte del cuerpo asignaron su obrero correspondiente, pues así cada una de ellas se veía más propia y menos confusamente tratada por no considerarse sino ella sola especialmente. Los nuestros no echan de ver que quien provee á todo no provee á nada.

que la total organización de este mundo les es indigesta. Por temor de detener el curso de una disentería, á causa de la fiebre que hubiera sobrevenido, me mataron á un amigo que valía más que todos juntos, tantos como son. Amontonan sus adivinaciones en oposición con los males presentes, y por no curar el cerebro á expensas del estómago perjudican el estómago y empeoran el cerebro con sus drogas tumultuosas y contradictorias.

En cuanto á la variedad y debilidad de las razones de este arte, las de ningún otro son más palmarias; veamos, si no, una muestra. Las cosas aperitivas son útiles á un hombre sujeto al cólico porque abren los conductos y los dilatan, y encaminan la materia viscosa de que se forman la grava y la piedra conduciendo hacia bajo lo que comienza á amasarse y á endurecerse en los riñones; las cosas aperitivas son nocivas á un hombre sujeto al cólico, porque abriendo los conductos y dilatándolos encaminan hacia los riñones las materias propias á formar la piedra, las cuales juntándose fácilmente por serles habitual esta propensión, es difícil que no amontonen mucho de lo que se haya acreado; mayormente, si por casualidad se encuentra algún cuerpo algo más grueso de lo necesario para atravesar todos los estrechos que quedan por franquear para salir al exterior, este cuerpo puesto en movimiento por las substancias aperitivas y lanzado en conductos estrechos, si llega á taponarlos encaminará al enfermo á una muerte dolorosísima. Es conveniente hacer aguas con frecuencia, puesto que la experiencia nos muestra que dejándolas estancar procurámoslas el tiempo preciso para que se descarguen de la parte sólida disuelta y demás sedimentos que servirán de materiales para formar la piedra en la vejiga: es bueno no hacer aguas con frecuencia, porque los pesados sedimentos que éstas arrastran consigo no los llevarán si no hay violencia en la operación, como la experiencia nos enseña: así un torrente que rueda con impetuosidad barre con mayor limpieza el lugar por donde pasa que no el curso de un arroyuelo blando y tardo. Análogamente, es bueno tener comercio frecuente con mujeres, porque así se abren los conductos, dando suelta á la grava y á la arena; es también nocivo, porque irrita los riñones, los cansa y debilita. Es bueno bañarse en agua caliente, porque así se aflojan y reblandecen los lugares en que se estancan la arena y la piedra; malo también es, porque esta aplicación del calor externo cuece los riñones, endureciendo y fortificando la materia, que para ello interiormente está dispuesta. A los que están en balnearios es saludable comer poco por la noche á fin de que el brebaje de las aguas que tienen que tomar al siguiente día por la mañana haga mejor su operación encontrando el estómago vacío y no imposibilitado; por el contrario, es mejor comer poco á me-

dio día á fin de no trastornar los efectos del agua, que no llegaron todavía á ser perfectos, no cargando el estómago tan de repente con otra labor que efectuar, y dejando así la tarea de digerir para la noche, que la practica mejor que no el día, en que el cuerpo y el espíritu están en perpetuo movimiento y acción. He aquí cómo van burlándose y divirtiéndose á nuestras expensas en todos sus discursos, y no acertarian á presentarme una proposición la cual yo no rebatiera con otra contraria de fuerza parecida. Que no se alboroten, pues, en medio de barahunda semejante contra los que mansamente se dejan guiar por el propio instinto y consejo de la naturaleza, echándose en brazos de la común fortuna.

Con ocasión de mis viajes he visitado casi todos los balnearios famosos de la cristiandad, y hace algunos años comencé de ellos á servirme, pues en general considero el remojarse como saludable, y creo que corremos incomodidades no ligeras en nuestra salud por haber perdido esta costumbre, que fué generalmente observada en los tiempos pasados en casi todas las naciones, y lo es todavía en muchas, de lavarse el cuerpo todos los días; no puedo yo imaginar que no valgamos mucho menos teniendo así nuestros miembros como los crustáceos, y nuestros poros cubiertos de grasa. Por lo que toca á tomar aguas, la casualidad hizo que esto no fuera en modo alguno enemigo de mi gusto; en segundo lugar es cosa sencilla y natural, que á lo menos no perjudica si no ocasiona buenos resultados, de lo cual es prueba la multitud de pueblos de todas suertes y complejiones que en los baños se congregan; y aunque yo no haya advertido con el agua ningún efecto extraordinario y milagroso, informándome con mayor atención de la que comunmente se pone en estas cosas, he reconocido como mal fundados y falsos todos los rumores de tales operaciones como se esparcen por estos lugares y á que se da crédito (así el mundo va engañándose fácilmente con lo que desea); apenas si he visto ninguna persona á quien las aguas hayan empeorado, y sin malicia no puede negarse que despiertan el apetito, facilitan la digestión y nos prestan algún nuevo contentamiento, si á ellas no se va con las fuerzas demasiado abatidas, lo cual yo á nadie aconsejo; las aguas son impotentes para enderezar una pesada ruina; pueden sí servir de apoyo á una inclinación ligera ó remediar la amenaza de algún trastorno. Quien no lleva suficientes ánimos para poder gozar el placer de las compañías que allí se encuentran y de los paseos y ejercicios á que nos convida la hermosura de los lugares en que comunmente están situadas, pierde sin duda la mejor parte y la más segura del efecto de las mismas. Por esta causa yo procuré hasta hoy detenerme y servirme de aquellas en que la amenidad del lugar es mayor, la comodidad de alojamiento, la diversidad

de viveres y la excelencia de compañía, como son en Francia los baños de Bañeras, en la frontera de Alemania y de Lorena los de Plombiers, en Suiza los de Baden, en Toscana los de Luca, especialmente los llamados *della Villa*, que son los que yo he visitado con mayor frecuencia en diversas épocas.

Cada nación profesa opiniones particulares en punto á su uso y tiene modos y formas de servirse de ellos completamente diversos; á lo que yo entiendo, los efectos son casi idénticos: el beber no es en manera alguna recibido en Alemania; allí se bañan para curar todas las enfermedades y permanecen en el agua como las ranas, de sol á sol; en Italia, cuando beben nueve días se remojan treinta por lo menos, y comunmente toman el agua mezclada con otras drogas para que ayuden mejor á la operación. En unos sitios se nos ordena el paseo para dirigirla, en otros el permanecer en el lecho donde la tomamos hasta desalojarla, teniendo bien abrigados el vientre y los pies. Como los alemanes tienen por costumbre peculiar el aplicarse ventosas en el baño, así los italianos usan las *doccie*, que son ciertas goteras de agua caliente conducida por caños, y se riegan una hora por la mañana y otro tanto á medio día, por espacio de un mes, el pecho, la cabeza ó la parte del cuerpo que de ello ha menester. En cada localidad hay multitud de particularidades en la manera de servirse del agua, ó por mejor decir, casi ninguna semejanza existe de unos á otros lugares. He aquí cómo esta parte de la medicina, la única con que haya yo transigido, aun cuando sea la menos artificial, incluye también una parte no pequeña de la incertidumbre y confusión que por doquiera se ven en el arte de curar.

Los poetas expresan cuanto les pasa por las mientes con gracia y énfasis mayores que los demás mortales; ejemplo este epigrama:

Alcon hesterno signum Jovis attingit: ille,
Quamvis marmoreus, vim patitur medici.
Ecce hodie, jussus transferri ex rede vetusta,
Effertur, quamvis sit deus atque lapis ¹:

y este otro:

Lotus nobiscum est, hilaris conavit, et idem
Inventus mane est mortuus Andragoras.
Tam subite mortis causam, Faustine, requiris?
In somnis medicum viderat Hermocratem ²:

á propósito de los cuales quiero ingerir aquí dos cuentos

1. El médico Alcón tocó ayer la estatua de Júpiter, y ésta, á pesar de ser de mármol, experimentó el influjo consiguiente: hoy le sacan de su antiguo templo (dios y de piedra como es), para enterrarle. *Ausonio, Epigr., 74.*

2. Ayer Andragoras se bañó con nosotros; cenó alegremente, y le encontraron muerto esta mañana. ¿Quieres saber, Faustino, cuál fue la causa de una defunción tan súbita? Había visto en sueños al médico Hermócrates. *MARCIAL, VI, 53.*

El barón de Caupene de Chalosse y yo tenemos en común el derecho de patronato sobre un beneficio de extensión dilatada, al pie de nuestras montañas, que se llama *Lahontan*. Ocurrió con los habitantes de este rincón lo que se refiere de los del valle de Angrougne: llevaban una vida aparte; sus maneras, vestidos y costumbres les eran peculiares; vivían regidos y gobernados por ciertas leyes y reglamentos particulares, recibidos de padres á hijos, á los cuales se sometían sin más sujeción que la reverencia emanada del uso. Este pequeño Estado vivió una existencia tan dichosa desde tiempos remotísimos que ningún juez vecino había tenido jamás necesidad de inmiscuirse en sus negocios; ningún abogado se empleó en iluminarlos con sus consejos, ni extranjero fué llamado para nunca extinguir sus querellas, y tampoco se vió vecino que para subsistir tuviera que pedir limosna: todos huían la alianza y comercio con el resto del mundo, á fin de no adulterar la pureza de su gobierno, hasta que un día aconteció, como refieren por el testimonio de sus padres, que uno de ellos sintiéndose con el alma espoleada por una noble ambición, ideó, para que su nombre alcanzara reputación y crédito, hacer de uno de sus hijos el señor Juan ó el señor Pedro; y como le enviara para que se instruyese y aprendiera á escribir á una ciudad vecina, convirtióle al fin en un cumplido notario de aldea. Este joven, llegado á su mayoría de edad, comenzó á menospreciar los antiguos usos y costumbres de su pueblo y á ingerir en la cabeza de sus vecinos la pompa reinante en las regiones de por acá; al primero de sus compadres á quien descornaran una cebra, aconsejóle pedir razón del desmán á los jueces reales de alrededor, y de ése á otro, hasta que acabó por bastardearlo todo. Como consecuencia de tamaña corrupción cuentan que al punto sobrevino otra de peores consecuencias, ocasionada por un médico, á quien se le ocurrió la idea de casarse con una joven del lugar y vecindarse en él. Este físico comenzó por enseñarles primeramente el nombre de las diversas fiebres, el de los reumas y el de las apostemas; la situación del corazón, la del hígado y la de los intestinos, que era una ciencia hasta entonces para ellos desconocida hasta en lo más remoto; y en lugar de los ajos, con lo cual estaban enseñados á expulsar toda suerte de males, por extremos y rudos que fueran, acostumbróles, para una tos ó un constipado, á tomar mixturas extrañas, empezando con esto á hacer tráfico no sólo de la salud de sus vecinos, sino también de su vida misma. Juran éstos que sólo desde entonces advierten que el sereno les ataca á la cabeza: que el beber acalorados es nocivo; que los vientos de otoño son más perjudiciales que los de primavera; que después del empleo de la medicina se encuentran molestados por una legión de males desacostum-

brados, y que advierten un general decaimiento de su antiguo vigor, al par que sus vidas se redujeron á la mitad en punto á duración. Tal es el primero de mis cuentos.

He aquí el otro. Antes de mi sujeción al mal de piedra, como llegara á mi conocimiento por intermedio de muchas personas que la sangre del cabrón era un remedio infalible y como celestial que se nos enviara en estos últimos siglos para la tutela y conservación de la vida humana, y como oyerá hablar en este sentido á personas de mucho seso considerando aquélla como una droga admirable de milagrosos resultados, yo que siempre tuve fija en mi mente la exposición de todos los accidentes á que cualquier hombre puede estar abocado, tuve gusto en plena salud de procurarme este milagro, y ordené que en mi casa nutrieran un macho cabrío conforme á un régimen particular, pues es preciso recoger el animal en los meses más calurosos del estío y no darle de comer sino hierbas apetitosas y de beber sólo vino blanco. Por casualidad me dirigí á mi casa el día en que el animal debía ser matado, y me vinieron á decir que el cocinero encontró en la panza de aquél dos ó tres bolas gruesas que se entrechocaban unas con otras entre el condumio; hice por curiosidad que trajeran todo el bandullo en mi presencia y mandé que abrieran la piel del animal, gruesa y ancha, del interior de la cual salieron tres abultados cuerpos, ligeros como esponjas, de tal suerte que parecían huecos, duros, sin embargo, en la superficie, de contextura resistente y abigarrados de varios colores poco intensos; uno de ellos, perfecto en redondez, tenía el tamaño de una bola pequeña; los otros dos, un poco más chicos, eran de redondez imperfecta, pero semejaban ir camino de ella. Informándome de personas acostumbradas á destripar estos animales tuve noticia de que se trataba de un caso inusitado y singular, y es muy verosímil que esas piedras fueran hermanas de las que en nosotros se forman. Caso de que así sea en efecto, considérese la vanidad de la esperanza de los sujetos al mal de piedra al pretender alcanzar la curación con la sangre de esos animales no menos sujetos á concluir de un modo parecido, pues sostener que la sangre no participa del contagio y que no se adultera su virtud acostumbrada es de todo punto inverosímil; más bien debemos creer que no se engendra nada en un cuerpo sino por la conspiración y comunicación de todas las partes del mismo: obra la masa toda entera aun cuando una parte contribuya más que otra según la diversidad de las operaciones, por donde habría verosimilitud grande de que en todas las partes de ese cabrón existiese alguna cualidad petrificante. No tanto por temor de lo venidero ni por mi propia persona tenía yo interés en esta experiencia, sino porque ordinariamente ocurre en mi casa y en muchas otras que las mujeres amon-

tonan tales menudas drogas para socorrer al pueblo, empleando remedios que ellas no adoptan para sí; sin embargo, suelen á veces obtener buenos resultados.

Por lo demás yo honro á los médicos, no conforme al sentir común, ó sea por la necesidad (pues á este pasaje se opone otro del profeta que reprende al rey Asa por haberse puesto en manos de un médico), sino por el amor que les profeso en atención á que entre ellos conocí muchos dignos varones merecedores de ser amados. Ellos no me inspiran mala voluntad, sino su arte; y no los censuro grandemente porque conviertan en provecho nuestra torpeza, pues casi todo el mundo hace lo propio; muchas profesiones menores y otras más dignas que la de ellos no tienen otro fundamento ni apoyo que los públicos abusos. Cuando estoy enfermo los llamo á mi compañía; si los encuentro cerca de mí les hablo de mis males, y como los demás los pago. Autorízolos para que me ordenen abrigarme continuamente, si así lo deseo, mejor que de otra suerte; pueden también escoger entre los puerros y las lechugas para preparar el caldo que haya de tomar, ú ordenarme el vino blanco ó el clarete; y así por el estilo entre todas las demás cosas que son indiferentes á mi apetito y hábitos. Bien se me alcanza que concesiones tales nada significan para ellos, puesto que la agriura y la extrañeza son los accidentes que constituyen la esencia de la medicina. ¿Por qué Licurgo ordenaba el vino á los esparciatas enfermos? Porque detestaban su uso cuando estaban sanos. Hacía lo propio que un gentilhomme, vecino mío, el cual se sirve del vino para remedio de sus fiebres como de droga muy salutífera, porque por naturaleza odia mortalmente sentirla en su paladar. ¿Cuántísimos médicos no vemos de humor idéntico al mío, que menosprecian la medicina para su servicio y adoptan una forma libre de vida, contraria en todo á la que recomiendan á los demás? ¿Y qué significa esto si no es un escandaloso abuso de nuestra simplicidad? Pues no profesan á su vida y salud menos afección que los demás mortales, y acomodarian los efectos á su doctrina si ellos mismos no conocieran la falsedad de ésta.

El temor de la muerte y del dolor, la impaciencia con que éste se soporta y la sed indiscreta de curación son las cosas que así nos ciegan; en suma, la cobardía es lo que convierte nuestra creencia en tan blanda y maleable. La mayor parte de los enfermos, sin embargo, no creen tanto como sufren y se ponen á la merced del médico, pues yo los oigo lamentarse y hablar como nosotros, y á la postre, sin poder contenerse, exclaman: «¿Qué haré yo pues?» Como si la impaciencia fuera de suyo un remedio mejor que la paciencia. ¿Hay alguno entre los que se entregan á esa miserable esclavitud que no se rinda igualmente ante toda suerte de imposturas y no se ponga á la merced de

quienquiera que tenga el descaro de prometerle segura curación? Los babilonios llevaban sus enfermos á la plaza pública; el médico era el pueblo: todos los pasajeros, por humanidad y civilidad se informaban del estado de aquéllos, y según la experiencia de cada uno dábanlos algún aviso saludable. Apenas si nosotros hacemos cosa distinta. no hay mujerzuela de quien no empleemos la charla y ordenanzas, y, á mi ver, si yo hubiera de aceptar algunas, de mejor grado acogería esta medicina que ninguna otra, puesto que al menos con ella no hay ningún mal que temer. Lo que Homero y Platón decían de los egipcios, ó sea que entre ellos todos eran médicos, debe decirse igualmente de todos los pueblos: no hay persona que no se alabe de poseer el secreto de alguna receta y que no la experimente en su vecino, si éste quiere creerla. Hallándome días pasados en una reunión donde no sé quién llevó una nueva de una suerte de píldoras elaboradas con la friolera de ciento y tantos ingredientes, panacea maravillosa, la cosa dió lugar á una fiesta y consolación singulares, pues en verdad, ¿qué parapeto bastaría á sostener el esfuerzo de una tan nutrida batería? Después oí de los mismos que la ensayaron que ni la más insignificante piedrecilla se dignó moverse de su lugar.

No puedo desprenderme de este papel sin escribir todavía una palabra de lo que los médicos nos dan como seguridad en la certeza de sus drogas, que es la experiencia del mayor número; yo creo que más de las dos terceras partes de las virtudes medicinales radican en la quinta esencia ó propiedad oculta de los simples, de la cual no podemos alcanzar instrucción distinta á la que el uso nos procura, pues quinta esencia no es otra cosa que una cualidad, de la cual mediante nuestra razón no podemos hallar la causa. En semejantes pruebas, cuando se me dice haber sido adquiridas por inspiración de algún espíritu acójolas con contentamiento (pues, en cuanto á los milagros se refiere, ni á tocarlos siquiera me determino jamás); é igualmente las que se sacan de las cosas que por consideraciones de otro orden caen frecuentemente en nuestro uso, como si en la lana con que nos guardamos del frío se encontró por casualidad alguna oculta propiedad desecativa que curara los sabañones de los pies, ó si en el rábano picante que comemos se halló algún efecto aperitivo. Cuenta Galeno que aconteció á un leproso recibir la salud mediante el vino que bebió, porque el acaso hizo que una culebra se deslizara en la vasija. En este ejemplo encontramos el medio de un procedimiento adecuado á aquella experiencia, como también en aquellos otros á que los médicos dicen haber sido encaminados por la observación de algunos animales; mas casi todas las otras á que el acaso los condujo, y en que confiesan no haber tenido otro guía que el azar, encuentro inaceptable semejante procedimien-

to. Yo imagino al hombre mirando en su derredor el número infinito de las cosas creadas: animales, plantas y metales, y no sé por dónde hacerle comenzar su ensayo; y en caso de que su inclinación primera le lance desde luego sobre el cuerno de ciervo¹, para lo cual necesario es presuponer una facilidad en el creer llena de blandura, encuéntrase aún imposibilitado en su segunda operación; tantas enfermedades acometen al hombre, y tantas circunstancias precisan para la acertada aplicación de los remedios que, antes de que el médico sea llegado al punto de la certitud en su experiencia, el juicio humano pierde los estribos: antes de que haya descubierto entre la infinidad de cosas lo que es un cuerno, y entre la variedad de enfermedades, complexiones, naciones, edades, mutaciones celestes, partes de nuestro organismo, á todo esto no siendo guiado por argumentaciones ni conjeturas, por ejemplo, ni por inspiración divina, sino exclusivamente por fortuito movimiento, cuando precisaría que fuese una operación perfectamente medida, ordenada y metódica. Además, aun cuando la curación en estas circunstancias fuese realizada, ¿cómo puede asegurarse el médico de que la causa no fué debida á que el mal era ya llegado á su periodo de saneamiento, ó también á un efecto del acaso, ó al efecto de alguna otra cosa que el enfermo hubiera comido ó bebido, ó tocado el día de su medicación, ó al fruto de los rezos de su abuela? A mayor abundamiento, aun suponiendo que esa prueba haya sido perfectamente demostrada, ¿cuántas veces se ve repetida? Y esa larga hilera de casualidades y casos, ¿es bastante para dejar sentada una regla general? y aun cuando por la regla se concluya ¿quién es el que la fundamenta? Entre tantos y tantos millones, sólo tres hombres hay que se ocupen de registrar sus experiencias: ¿acaso la suerte habrá hecho que se encuentre precisamente uno de ellos? ¿Pero y si otro y cien otros hicieron experiencias opuestas? Acaso nos fuera dable ver alguna luz si nos fuesen conocidos todos los juicios y razonamientos de los hombres; pero eso de que tres testigos y tres doctores regenten el género humano, es locura singular; precisaría para ello que el universo mundo los hubiera elegido, y que fueran declarados nuestros sindicos por poder expreso.

Á LA SEÑORA DE DURAS²

« Señora: en vuestra última visita me encontrasteis en este lugar de mis devaneos. Porque puede suceder que estas bagatelas caigan algún día en esas manos, quiero que

¹. Panacea muy acreditada en lo antiguo.

². Margarita de Gramont, hija de Antonio, vizconde de Aster y de Elena de Clermont; viuda de Juan Dufort, señor de Duras.

ellas testimonien que su autor se siente muy honrado del favor que las dispensaréis. Hallaréis en ellas el mismo porte y el mismo aire que habéis visto en la conversación del hombre que las trazó. Aun cuando me hubiera sido dable adoptar alguna otra manera distinta de la mía habitual y alguna otra forma más elevada y mejor, yo no la hubiese acogido, pues á ningún otro fin van encaminados mis escritos sino á que vuestra memoria pueda al natural representarse mi imagen. Esas mismas condiciones y facultades que practicasteis y acogisteis, señora, con mucho mayor honor y cortesía del que merecen, quiero acomodarlas, mas sin alteraciones ni cambios, en un cuerpo sólido que pueda durar algunos años, ó algunos días, después de mi muerte, donde podáis encontrarlas cuando os plazca refrescar vuestra memoria, sin que os molestéis buscando recuerdos, pues no valen éstos la pena de tal trabajo; mi deseo es que prolonguéis en mí el favor de vuestra amistad por las cualidades que la originaron.

» Yo no busco en manera alguna que se me ame ni se me estime mejor cuando muerto que en vida. El humor de Tiberio es ridiculo, y común, sin embargo, porque cuidaba más de extender su nombradía en lo venidero de lo que procuraba hacerse estimable y grato á los hombres de su tiempo. Si fuera yo de aquellos á quienes el mundo puede, andando los años, deber alabanza, perdonaríale la mitad con tal que me la pagara por anticipado; que aquélla se apresurase y amontonase en torno mio, más espesa que dilatada, más plena que perdurable, y que con mi conocimiento se disipara de raíz cuando su dulce son mis oídos ya no adviertan. Torpe cosa sería el ir, á la edad en que yo me encuentro, presto ya á abandonar el comercio de los hombres, mostrándome á ellos para buscar una recomendación nueva. Yo no hago mérito alguno de los beneficios que no haya podido emplear al servicio de mi vida. Como quiera que yo sea, quiero serlo en otra parte y no en el papel; mi arte y mi industria fueron empleados en hacerme valer á mi mismo; mis estudios, á enseñarme á obrar, no á escribir. Mis esfuerzos todos fueron encaminados á formar mi vida, éste es mi oficio y ésta es mi obra; yo soy menos hacedor de libros que de ninguna otra labor. He deseado capacidad para provecho de mis comodidades presentes y esenciales, no para hacer almacenaje y reserva para mis herederos. Á quien el valer adorna que lo muestre en sus costumbres, en su conversación habitual, en sus relaciones amorosas ó en sus querellas, en el juego, en el lecho, en la mesa, en el manejo de sus negocios ó en la manera de gobernarse. Esos á quienes yo veo componer buenos libros bajo malos gregüescos, debieran haberse provisto de gregüescos antes de seguir mi dictamen: preguntad á un esparciata si prefiere mejor ser buen retórico que buen solda-

do, no á mí que me inclinaria más á ser cocinero diestro, si no tuviera quien como tal me sirviese. ¡ Bien sabe Dios, señora, que yo detestaría semejante recomendación, de ser hombre hábil por escrito, y hombre baladí ó tonto en otros respectos! Prefiero ser ambas cosas aquí y acullá á haber tan mal elegido el empleo de mi valer. Así que, podéis considerar lo distante que me encuentro de buscar un honor nuevo por medio de estas simplezas, si os digo que me daré por contento con no perder el escaso que haber pueda alcanzado, pues aparte de lo que esta pintura muerta y muda arrebate de mi ser natural, no tiene que ver nada con mi mejor estado, sino con el ya muy decaído de mi primer vigor y lozanía, inclinado ya á lo ajado y rancio: estoy en lo hondo del navio, donde huelen la profundidad y las heces.

» Por lo demás, señora, no hubiera yo osado remover tan sin escrúpulos los misterios de la medicina, en vista del crédito que vos y tantos otros la otorgan, si á ello no me hubiesen empujado los autores mismos que de ella escriben. Creo que entre éstos no hay más que dos latinos: si los leyerais algún día, vierais que hablan con mayor rudeza de la que yo empleo; yo no hago más que pincharla, y ellos la degüellan. Plinio se burla, entre otras cosas, de que al verse los médicos en la extremidad última de sus remedios, recurren á la hermosa derrota de enviar á sus enfermos, á quienes inútilmente agitaron y atormentaron con sus drogas y regímenes, á los unos al cumplimiento de algún milagro y á las aguas calientes á los otros. (No os encolericéis, señora, pues no habla de las de por acá, que pertenecen á los dominios de vuestra casa y son todas gramontesas.) Todavía tienen una tercera suerte de deshacerse de nosotros para alejarnos de su contacto y aligerarse de las censuras que pudiéramos lanzarles por la escasa enmienda que procuraron á nuestros males (que tanto tiempo estuvieron bajo su jurisdicción), cuando ya no les queda artificio ninguno con que conseguir nuestro entretenimiento, y es el enviarnos á buscar la salubridad del aire en alguna otra región. Entiendo que lo dicho es ya bastante, y voy con vuestro consentimiento á seguir el hilo de mi discurso, del cual me había separado para hablar con vosotros.»

Me parece que fué Pericles quien preguntado cómo iba de salud: « Ya podéis verlo », contestó, mostrando los amuletos que llevaba sujetos al cuello y al brazo. Quería con tal respuesta significar que su situación era muy grave, puesto que al extremo era llegado de recurrir á cosas tan inútiles y de haberse dejado equipar de utensilios semejantes. No digo yo que no pudiera algún día ser impelido á la determinación ridícula de poner mi vida y mi salud á la merced y gobierno de los médicos; podré caer en esta flaqueza, no puedo asegurarme de mi firmeza venidera, mas también

entonces, si alguien se inquiera de mi estado, podré como Pericles contestar: «Podéis juzgar por esto», mostrando mi mano cargada de seis dragmas de opiata. Signo evidé-ntisimo será mi aspecto de enfermedad violenta; tendré mi juicio soberanamente trastornado: si la intranquilidad y el horror ganan la dicha sobre mi individuo, de ello podrá concluirse la fiebre en que mi alma yacerá sumida.

Me tomé el trabajo de pleitear esta causa, que entiendo bastante mal, para apoyar algún tanto y fortalecer la propensión natural contra las drogas y la práctica de nuestra medicina, que en mí deriva de mis antepasados, á fin de que mi antipatía no fuera solamente ocasionada por una inclinación estúpida y temeraria; para que tuviese algún viso de razonamiento. Así que los que me ven tan firme frente á las exhortaciones y amenazas que se me lanzan cuando las enfermedades me postran no crean que se trata de simple testarudez; que ninguno sea tampoco tan estrafalario que imagine ser el aguijón de gloria lo que me haya impulsado á hilvanar este discurso: ¡torpe sería el deseo de querer alcanzar honra de una acción que me es común con mi muletero y mi mozo de mulas! Declaro que no tengo el corazón tan inflamado ni hinchado de viento para que un placer sólido y carnudo como es la salud fuera yo á trocarlo por un placer imaginario, espiritual y aéreo; la gloria, hasta la misma que cupo á los cuatro hijos de Aymón se compra sobrado cara para un hombre si va á costarle tres fuertes accesos de cólico. ¡La salud, por Dios, primero y antes que todo! Los que aman nuestra medicina pueden tener en apoyo de su idea sus consideraciones excelentes, grandes y sólidas; yo no odio las fantasías contrarias á las mías: tan lejos estoy de molestarme por la discordancia de mis juicios con los ajenos, ni de incompatibilizar con la sociedad humana por ser de otro sentir y partido distinto del mío, que muy por el contrario (y es á la vez la más común tendencia que la naturaleza haya seguido: la variedad, más en los espíritus que en los cuerpos, porque aquéllos son de sustancia más flexible y capaz de formas), hallo mucho más raro ver convenir nuestros humores y designios. Jamás en el mundo existieron dos opiniones iguales, como tampoco dos cabellos, ni dos granos iguales. La cualidad más universal de aquéllas es la diversidad

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

DE LO ÚTIL Y DE LO HONROSO

Nadie está exento de decir vaciedades; lo desdichado es proferirlas presuntuosamente:

Næ iste magno conatu magnas nugæ dixerit ¹.

Esto no va conmigo: las mías se me escapan tan al desgaire como insignificantes son, donde bien las acomoda. Abandonarías á poca costa, y no las compro ni las vendo sino por lo que pesan y miden. Yo hablo al papel como al primero con quien tropiezo.

Para quién no será abominable la perfidia, puesto que Tiberio la rechaza costándole tan caro? Anunciáronle de Alemania que si lo creía bueno le aligerarían de Arminio por medio del veneno; era este guerrero el más poderoso enemigo que los romanos tuvieran, el que tan malamente los trataba bajo Varo, quien solo impedía el crecimiento de la dominación romana en aquellas regiones. El emperador respondió «que su pueblo acostumbraba á vengarse de sus enemigos frente á frente, con las armas en la mano, no por fraude y á escondidas», abandonando así lo útil por lo honroso. Cosa de milagro es ésta en personas de su oficio, mas la confesión de la virtud no dice menos bien en labios del que la odia, puesto que la verdad se la arrancan forzosamente, y, si no quiere recibirla en sí, al menos se cubre con ella.

Llena está de imperfecciones nuestra contextura pública y privada, mas en la naturaleza no hay nada inútil, ni siquiera la inutilidad misma. Nada se ingirió en este universo que no ocupe su lugar oportuno. Nuestro ser está cimentado por cualidades enfermizas: la ambición, los celos, la envidia, la venganza, la superstición y la desesperanza viven tan naturalmente dentro de nosotros que la imagen de tales dolencias se reconoce también en los animales; hasta la crueldad reside en nosotros, pues dominados por la compasión experimentamos interiormente como una punzada agri dulce de voluptuosidad maligna ante los sufrimientos de nuestros semejantes. Los niños también la sienten:

¹. Probablemente ese hombre va á decirme en lenguaje enfático monumentales simplezas. TERENCIO, *Eunuch.*, acto III, esc. V, v. 8.